

La Preparatoria 16, en sus casi treinta años de existencia, ha contado con la colaboración y entrega de profesionales que, en su momento, se han convertido en sus centrales para su desarrollo. Josefina Díaz Olivares es uno de nuestros principales ejemplos. Desde sus inicios demostró cualidades que le permitieron avanzar en varios campos de acción: el magisterio, la administración y la creatividad literaria. No parece fácil desempeñar diversas funciones y mucho menos destacar en todas. Este es el caso de Josefina Díaz. Durante veintiseis años tuvo oportunidad de demostrar fidelidad a los principios y valores de nuestra Alma Mater.

Tanto para la Universidad, como para la Preparatoria 16, la partida de fin ha significado una lamentable pérdida; sin embargo, una forma de tener presente el legado que nos dejó es tener en un libro una muestra de su trabajo literario.

Es así como *Una vida entera* se ofrece como homenaje a la maestra, administradora y escritora que con su trabajo diario durante muchos años puso en alto el nombre de nuestra escuela y reflejó por sus ideas los ideales de la Universidad Autónoma de México. *Hernández Martín del Campo / Celia Nora Sabido*
 Revisión: Ricardo Martínez Castro
 Diseño gráfico: [illegible]

Siento los dolores de este cuerpo que no me
 I / *Poemas*

no sé por qué, ahora, cada vez que me contemplo en el espejo,

[no me reconozco]

soy diferente a este cuerpo que veo, a este cuerpo que vivo,
 a este cuerpo que alimento, a este cuerpo que soporto;
 estoy aquí... dentro hay otra imagen de mí... en este cuerpo

[pesado, opaco, lento]

Soy de otra dimensión

no sé por qué me duele esta carne, por qué me duele esta

[sangre,

por qué me duelen estos huesos que envejecen sin mí

[consentimiento, no soy parte de mí]

Cada vez que abro los ojos

a la luz de este sol que me regala

se me pierde el infinito, se me pierden las memorias,

[se me pierden las recuerdos]

ESTE CUERPO

*Siento los dolores de este cuerpo que no me
[pertenece,
no sé por qué, ahora, cada vez que me contemplo en el espejo,
[no me reconozco
soy diferente a este cuerpo que veo, a este cuerpo que visto,
a este cuerpo que alimento, a este cuerpo que soporto;
estoy aquí... dentro hay otra imagen de mí... en este cuerpo
[pesado, opaco, lento.
Soy de otra dimensión
no sé por qué me duele esta carne, por qué me duele esta
[sangre,
por qué me duelen estos huesos que envejecen sin mi
[consentimiento, no son parte de mí...
Cada vez que abro los ojos
a la luz de este sol que me ciega
se me pierde el infinito, se me pierde la memoria,
[se me pierden los recuerdos.*

METAMORFOSIS

*Una gota de agua cristalina
estremeció aquel cuerpo endurecido;
le cambió su color, su forma, su estructura,
lo convirtió en esponja conmovida.*

BRUMA CALLADA

*Bruma callada, ligera, fugaz,
Un cuerpo mudo, dormido, imperceptible
Noche pesada, oscura, susurrante,
Todo es sombra, miedo, angustia.
Todo está ahí: bruma, cuerpo, noche
Han salido a pasear su soledad.
Encuentro de cuerpos mudos,
de susurros callados,
de alientos fugaces.
Sombras de miedo.
Sombras de angustia,
Sombras de nada.*

*En las tinieblas de mis ojos apretados
abrazo una presencia.*

¡Qué miedo de sentir!

Mi frente está mojada,

me asfixian los recuerdos,

¡Qué lento respirar!

¡Qué miedo de sentir!

¿Dónde está la vida?

La he perdido a la vuelta de la esquina

¿Dónde los sueños?

¿Acaso también los perdí?

¿Dónde mi presencia?

¿Dónde mi calor?

Dolor de mi pensamiento

¿Dónde estás?

TEDIO

Nació, contempló todo,
vio la tierra,
vio a los hombres,
vio la historia,
emitió un tremendo bostezo,
cerró fuertemente los ojos
y ya jamás los abrió.

Marzo, 1989

Ven acá, Corazón
Pláticale a Mamá
Refúgiate en mis brazos
Percibe mi calor
Que todo pasará
Que duele, sí, mi amor
Llora... llora por tu dolor
Luego vuelve a empezar
Nadie vive sin amor

Mamá

Octubre, 1994

Conozco que duele...
 Conozco que duele
 Cómo envolverme en tu seco,
 en tu sordo dolor
 Cómo secar tu conciencia
 Cómo limpiar tu mirada
 Cómo borrar la presencia
 que extrae la sal de tu mar

Ahí estas...

Contemplando la nada
 Contemplando la espera
 Contemplando el vacío

Presencia perdida... esfumada

en el vuelo de los autos
 en los ruidos de la calle
 en el viento que azota tu cara

Octubre, 1997

II / Cuentos

UNA TARDE MUY CALIENTE DE CUALQUIER DÍA. Nadie esperaba nada que intranquilizara la vida de alguno de los habitantes de aquel pueblo; el último acontecimiento más o menos notable que se recordaba, era la muerte del hombre de Julia, pero de ese hecho había ya muchos años.

Era un pueblo común, como cualquier otro pueblo común, con gente también común, como la mayoría de la gente de muchos pueblos, que más da, lo que sucede aquí, sucede allá y puede suceder en cualquier parte, a cualquier persona. Toda la gente del pueblo vivía, disfrutaba y comentaba las cosas cotidianas. Como todos los días, se escuchó el silbido del tren, los niños corrieron, como siempre, para decirles adiós al maquinista y a los pasajeros.

El tren paró en la estación solitaria, que se encontraba ubicada a cierta distancia del pueblo. Después del desahogo de vapores de la locomotora, bajó, sin equipaje, un solo pasajero; el tren se alejó silbando y el hombre quedó allí, en el andén, contemplando el rítmico movimiento de los carros que se alejaban por la vía, y lo siguió hasta que sólo fue un punto lejano. Luego caminó con desgano hacia una pequeña banca, se sentó en ella y allí pasó la noche. A la mañana siguiente, en-

*Como que duele
Como que duele
Como encoplarme en tu seco,
en tu sordo dolor*

*Como secar la conciencia
Como limpiar tu mirada
Como borrar la presencia
que escree la sol de tu mar*

*Ahí estas...
Contemplando la nada
Contemplando la espera
Contemplando el vacío*

*Presencia perdida... esfumada
en el vuelo de los azules
en los ruidos de la calle
en el viento que azota tu cara*

Octubre, 1967

EL EXTRAÑO

UNA TARDE MÁS, como cualquiera de cualquier día. Nadie esperaba que algo pasara. Hacía muchos años que no pasaba nada que intranquilizara la vida de alguno de los habitantes de aquel pueblo; el último acontecimiento más o menos notable que se recordaba, era la muerte del hombre de Julia, pero de ese hecho hacía ya muchos años.

Era un pueblo común, como cualquier otro pueblo común, con gente también común, como la mayoría de la gente de muchos pueblos, qué más da, lo que sucede aquí, sucede allá y puede suceder en cualquier parte, a cualquier persona. Toda la gente del pueblo vivía, disfrutaba y comentaba las cosas cotidianas. Como todos los días, se escuchó el silbido del tren; los niños corrieron, como siempre, para decirles adiós al maquinista y a los pasajeros.

El tren paró en la estación solitaria, que se encontraba ubicada a cierta distancia del pueblo. Después del desahogo de vapores de la locomotora, bajó, sin equipaje, un solo pasajero; el tren se alejó silbando y el hombre quedó allí, en el andén, contemplando el rítmico movimiento de los carros que se alejaban por la vía, y lo siguió hasta que sólo fue un punto lejano. Luego caminó con desgano hacia una pequeña banca, se sentó en ella y allí pasó la noche. A la mañana siguiente, em-

prendió camino al pueblo, por el que deambuló varias horas sin rumbo fijo; todo el que lo veía preguntaba si alguien conocía al hombre solitario, pero nadie recordaba haberlo visto alguna vez.

En el ocaso de ese mismo día, el hombre se detuvo en la puerta de la casa de Julia, estuvo allí largo tiempo, parado, sin tocar, simplemente viendo todo y a todos los que pasaban por el lugar; en su mirada tenía una expresión de ausencia.

Anocheceía cuando llegaron a la casa los dos hijos varones de Julia, se sorprendieron al encontrar desmayado al extraño junto a la puerta; lo introdujeron en su casa, no era cosa de dejarlo allí tirado como un perro, lo recostaron en una cama y trataron de reanimarlo con alcohol.

En el momento en que el extraño entró en la casa, Julia se encontraba ocupada en el cuarto de costura, sintió muy en el fondo de su ser una confusa sensación conocida y lejana; se levantó muy inquieta y caminó hacia la habitación donde estaban sus hijos con el desconocido, quien ya sobrepuesto, bebía unos sorbos de leche con miel que le daba Efraín, el hijo menor de Julia.

Julia y el extraño encontraron sus miradas. Ella empezó a sudar; un sudor frío, helado, que la hizo temblar y le erizó la piel para el resto de su vida. El hombre cerró los ojos y los recuerdos de Julia se trasladaron veinte años atrás.

Ella había llegado al pueblo aquél con su hija Belén aún muy pequeña; llegaba casi huyendo de su ciudad natal, no era para menos, había estado un tiempo en el hospital curándose de las múltiples heridas de puñal que le propinara su primer marido, un ebrio,

marihuano, irresponsable y violento, que la había hecho sufrir mucho durante su matrimonio. Al salir Julia del hospital, con su pequeña hija en brazos subió a un tren, se fue sin rumbo; cuando pasaba por aquel pueblo decidió quedarse al ver a la chiquillería diciéndole adiós, antes de llegar a la estación. Era una mujer de buena apariencia, muy alta, de ojos pequeños y sonrisa fácil; tenía una simpatía natural que le abrió las puertas para conseguir trabajo de ayuda de casa, con una familia de buena posición económica. En muy poco tiempo Julia se ganó el aprecio no sólo de aquella familia con quien trabajaba, sino de toda la gente del pueblo.

Cuando Belén tenía seis años, llegó al pueblo un hombre llamado Vicente, era piscador de algodón y consiguió trabajo con la misma familia donde trabajaba Julia.

Vicente era un hombre bastante alto, con ojos grandes, negros y brillantes, sus pestañas eran muy largas; puede decirse que el hombre tenía buen tipo. Su piel era oscura y brillaba como charol en los días soleados y calurosos del verano. "Nada feo... nada feo es el Chente —decía Julia—, a pesar de ser tan prieto el condenado".

¿Cómo me casé con Chente? si casi nunca me habló... creo que nos entendimos a puras miradas; era tan mustio, tan serrote, tan calladote; durante el tiempo que vivimos juntos apenas me dirigía la palabra... sólo para lo más indispensable: "Sírname, doña Julia, tengo hambre". "Acuéstese, doña Julia, tengo ganas". Y para colmo me hablaba de usted, el arrastrado.

Al poco tiempo nació mi hijo Chentito, luego me embaracé por segunda vez, pero para entonces Chente ya no me hablaba, y no le dije nada, no le dije que nos nacería otro hijo, ni caso tenía, ya ni nos dirigíamos la

palabra, había entre nosotros como una especie de pacto de silencio. La niña y el niño nos veían ir y venir por la casa, silenciosos, silenciosos, arrastrando más que los pies la vida misma; sus ojitos estaban llenos de incertidumbre y sus boquitas tenían siempre un rictus de llanto que no se atrevía a brotar.

Nunca supe la razón de aquel silencio de Vicente, él no volvió a emitir ningún sonido, ni siquiera le importó que yo tomara clases con la maestra de la escuela; no me hablaba, ni para bien, ni para mal. Muchas veces pensé que si Chente no hablaba era porque no quería, o quizá porque le daba lo mismo hablar o no hablar, o le daba flojera... también llegué a pensar que se le había oxidado la voz de tanto no usarla.

Un buen día Chente desapareció, sencillamente se fue del pueblo. Todos pensamos que quizá se había ido de bracero a los Estados Unidos. Alguien dijo que habían encontrado a un hombre ahogado en el Río Bravo, lo había arrastrado la corriente al intentar cruzarlo, eran las señas de Chente, claritas todas sus señas, y lo dimos por muerto, hasta le mandamos decir sus misas de difunto.

¡Veinte años, Chente! ¡Han pasado veinte años! Nació Efraín, y no lo supiste. Tus hijos y Belén crecieron sin ti, ni falta les hiciste. ¿Qué vienes a hacer ahora? Te hubieras quedado muerto. Sé que estás allí... igual de prieto, mustio, seriate y callado, ya te reconozco... estás escondido detrás de esa barba de viejo, detrás de esas arrugas, detrás de esas canas de viejo... eres tú... reconozco tu olor, es inconfundible, desde mi cuarto de costura lo percibí... hueles a hierba de monte, a macho en celo, a sol, arena y sudor... ese olor que desprendes... me asfixia! ¡Vete de mí!...

Pasaron muchos años para borrar tu aroma de mi casa y de mi mente, no quiero que ocupes nuevamente mis recuerdos, ni que llenes con tu aroma mi vida. Ya son muchos años de ausencia y olvido... aquí ya nadie te conoce, ni tus hijos... A Efraín le puse el nombre de mi padre porque nunca me dijiste cómo se llamaba el tuyo... a lo mejor ni padre tuviste... yo creo que tú eres hijo del aire, porque siempre fuiste un aroma que el viento lleva y trae.

No quiero que tus hijos te conozcan, ¿para qué? Tú llegas y te vas como el viento, y sólo dejas tu olor ocupando los sentidos... Tengo dos nietos, ¿sabes?... son hijos de Belén... pero a ti qué te importa, ni siquiera son nada tuyos... ¿A qué viniste, Vicente? ¿A qué regresaste? Te hubieras quedado muerto... desde que te fuiste ibas muerto... desde que llegaste aquí la primera vez ya venías muerto... nunca supimos cuál era tu origen, ni si tenías o no familia... con eso de que casi no hablabas, cuando dejaste de hablar pues ya ni para qué preguntarte nada... eres y fuiste siempre una sombra en esta casa... eras como un zopilote negro como tu piel curtida por el sol... nunca supe si tenías veinte o cien años... Lo único bueno que me dejaste son ese par de hijos altos, morenos y bellos como tú... pero que no huelen a ti... para mi suerte.

Julia volvió a la realidad, haciendo a un lado sus recuerdos, porque el hombre abrió de pronto los ojos; sus miradas volvieron a encontrarse y un viento cargado de un olor penetrante salió del cuerpo del hombre. El cerró sus ojos nuevamente. Julia supo que había muerto porque todo su cuerpo, la habitación y la casa, se llenaron de aquel profundo olor a hierba de monte, a macho en celo, a sol, arena y sudor.

Al transcurrir el tiempo, la gente del pueblo siguió percibiendo aquel olor fuerte y profundo, cada vez que pasaba por la casa de Julia, y ella ya no pudo sacarlo jamás de su mente y de su cuerpo; aquel olor le erizó la piel y la hizo sudar frío y temblar, hasta el último día de su vida.

EL VIAJE

SE ENCONTRÓ DE PRONTO con un boleto estampado en su cuerpo, en todo su cuerpo, lo había invadido todo. Tenía que viajar forzosamente, no regresaría jamás...

—¿Es muy grave doctor? —fue lo único que preguntó después de ver la expresión preocupada del galeno.

—¡Cáncer! —contestó el médico, con un tono de voz que quiso parecer frío e indiferente.

Nada dijo, sólo apretó fuerte las mandíbulas, como queriendo soldar una con la otra para impedir el grito de angustia y desesperación que le salía de muy adentro, pero que contuvo, porque los hombres deben ser hombres hasta la muerte.

—¿Desde qué edad empezó a fumar?— preguntó el especialista.

—A los doce... años... doctor... a los doce...

Fue a verla. Estaba ahí. Joven, llena de vida. Envidió su alegría y su vitalidad que irradiaba por todos los poros. La besó... con coraje. La besó por última vez porque quería despedirse... ya, no deseaba prolongar su agonía... debía empezar a renunciar a todo lo que lo ataba a la vida, tenía que arrancarse los sentimientos... Había que meter las garras en el corazón y sacar hasta la última raíz... El dolor era fuerte, espeso, agrio... fe-roz.

—Ya no te amo. —Le dijo secamente, fríamente... y

caminó hacia la ventana... observó los automóviles que transitaban por la avenida, observó a las personas que iban, venían... caminaban con prisa o despacio, indiferentes; nadie sabía que él estaba ahí contemplándolos ahora, y que mañana ya no estaría... ¿Qué más daba?... Ir, venir, pasar, entrar, salir, besar, herir... ¿Qué era todo aquello? Todo perdía el sentido que hasta hace algunas horas había tenido... Lo único que ahora importaba era despedirse... Ironía cruel... ¡La vida!... La vida había sido su maestra, lo había enseñado a vivir durante más de veinte años y ahora le daba un curso intensivo... para morir...

III / Ensayos

Poesía en movimiento, expresiones y ritmo hechos de palabras conocidas que penetra a los sentidos, que perfuma de esas nuevas rosas que cultivaron y cultivan grandes poetas contemporáneos, poetas nuestros, atrapados en el tiempo.

Montes de Oca es un poeta que busca, que le canta a la vida y a su origen: "La luz en rostro" es la creación concebida y creada por el poeta con sus pilares de tiempo vivo. El poeta también crea la pareja universal en "El jardín que los dioses frecuentaron", pareja perfecta, indisoluble, eterna. El poeta también crea la pareja en "En esa ajena que besé", es la pareja que vive naturalmente. Y el hombre nace a la vida por un instante en "Baldadumbre y gusano", por eso el poeta canta su canción para celebrar lo que no muere y celebra la experiencia de la luz y el silencio. Y el hombre se despierta en un vestido de colores que olatea perfume, ornamentado del tiempo, para salir a contemplar la hermosura de la vida, se trastornó ante la belleza y al sentir la impresión de que ella se quebraja, se desmorona, que se desmorona al irse a enterrar las vestiduras paradas en el tiempo de "Baldadumbre y gusano". La vida es un momento de "Baldadumbre y gusano" de Montes de Oca, a la luz de la vida y a su nostalgia que se equilibra en un instante.